

# *El distintivo del cristiano*

---

2ª Corintios

12.1–12

## Una experiencia maravillosa

James Thompson

«[...] en nada me gloriaré, sino en mis debilidades» (12.5).

El distintivo de una verdadera vida cristiana, según un punto de vista generalizado, consiste en la calidad de experiencia que podríamos describir como «maravillosa». Esta clase de experiencia a menudo se mide, se analiza y se presenta como señal de discipulado auténtico. A veces, los que le dan importancia a lo «maravilloso», comparan sus experiencias entre sí, con el fin de demostrar la autenticidad de su vida cristiana. El invitado al programa de entrevistas religioso, puede presentar como pruebas de la presencia de Dios la oración que dio como resultado que hallara un nuevo empleo. En ciertos círculos, las pruebas de la vida cristiana consisten en la intensidad del entusiasmo emocional, las sensaciones de poder y el entusiasmo con que los presentes «son transportados». La única prueba que se le aplica a todo período de oración llega a ser: ¿Calificó como algo «maravilloso»?

Esta prueba particular de la autenticidad de nuestra fe nos recuerda la continua relevancia del Nuevo Testamento para nuestras interrogantes, pues las mismas interrogantes se estaban planteando los corintios. Cuando Pablo escribió 2ª Corintios, su autenticidad como cristiano (10.7) y como siervo de Cristo (11.23), estaba siendo puesta en duda. Algunos, que habían notado cuán

poco impresionante era el apóstol, exigían «pruebas» de que Cristo estaba en realidad hablando en él (13.3). No era posible que un orador tan poco impresionante, suponían ellos, pudiera ser un hombre espiritual. Si hubiera sido dotado del Espíritu, pensaban ellos, alguna «señal de apóstol» (cf. 12.11–12) se manifestaría, para demostrar su autenticidad.

La autenticidad de Pablo como siervo de Cristo está siendo puesta en duda, aparentemente, por los que se llamaban a sí mismos «grandes apóstoles» (12.11). Es probable que alguien hubiera negado que en Pablo hubiera las «señales de un verdadero apóstol», pues sus oponentes estaban empeñados en «compararse» y en «medirse» con él (cf. 10.12). La insistencia de Pablo en que él había mostrado «las señales de un verdadero apóstol», insinúa que está a la defensiva. Otros se han jactado de sus propios milagros y «señales» y han comparado su experiencia con la de Pablo. Muchas de sus experiencias eran «maravillosas». El término que Pablo usa en 5.13, «locos» (*exestemen*), significa literalmente: «extáticos». Había algunos para quienes, la prueba de la autenticidad residía en las experiencias extáticas y emocionales. Estas «señales» probaban que uno tenía el Espíritu de Dios.

## ARREBATADO HASTA EL TERCER CIELO (12.1–6)

Los que sometían a prueba la autenticidad de la espiritualidad de los demás atendiendo a la experiencia extática y emocional, tienen sus representantes en nuestros tiempos. Nos obligan a preguntarnos: ¿Qué papel juega en la vida cristiana la experiencia «maravillosa»? ¿Hemos de suponer que ésta es la prueba de nuestra autenticidad? ¿O hemos de poner en duda toda experiencia emocional y concluir que no tiene cabida en la vida cristiana? La respuesta que dio Pablo nos ayuda a responder las anteriores preguntas.

El contexto de 12.1–6 es diferente de todo lo que Pablo alguna vez escribió. Aquí él informa de experiencias que no menciona en ninguna otra epístola. La razón para que incluya este material tan poco común, es obvia: Pablo habla de estas experiencias únicamente porque algunos lo obligaron a hacerlo. Él sabe que el dar esta información suena como un gloriarse que «no [...] conviene» (12.1). «[...] vosotros me obligasteis a ello», dice él (12.11). Tal manera de gloriarse es «locura» (11.16–17, 21), pero es necesaria (12.1) en esta situación. Si otros no hubieran sacado a relucir el tema, Pablo no habría dado información alguna sobre estos detalles tan confidenciales de su vida. Él aborda el tema de «las visiones y [...] las revelaciones del Señor» tan sólo porque debe igualar a sus críticos punto por punto.

Debido a que 12.1–10 es un material que no aparece en ningún otro lugar de las epístolas de Pablo, a muchos nos sorprende que Pablo no descartara las experiencias «maravillosas». Había «visiones y [...] revelaciones del Señor» (12.1). Esta referencia nos recuerda lógicamente el momento de su conversión, que se describe tanto como una visión (Hechos 26.19) como una revelación (Gálatas 1.12). Pero las experiencias maravillosas de Pablo no se acabaron en el momento de su conversión. Hubo una «grandeza de las revelaciones» (12.7), algunas de las cuales han sido recogidas en Hechos (9.12; 16.19; 18.9–11). Este tema nos recuerda 1<sup>era</sup> Corintios 14.18, donde Pablo dice: «Doy gracias a Dios que hablo en lenguas más que todos vosotros». Pablo sabía lo que significaba estar «loco» (5.13) por Cristo. Sus críticos no tenían experiencia espiritual profunda que fuera desconocida para Pablo.

No estaríamos equivocados al afirmar que tales momentos eran importantes para Pablo. De hecho, hace memoria de una experiencia particular de una visión que resultó inolvidable. Este inusual momento había ocurrido catorce años antes de la

escritura de 2<sup>a</sup> Corintios (c 42 d. C.). Pablo habla de una experiencia verdaderamente «maravillosa». Fue «arreatado hasta el tercer cielo» y «arreatado al paraíso» (12.2, 4). La experiencia nos recuerda los relatos de Enoc (Génesis 5.24) y de Elías (2<sup>o</sup> Reyes 2.11). La palabra griega que se traduce por «arreatado» (*harpzao*) indica que la experiencia no fue en modo alguno iniciada por Pablo. Experiencias tan insólitas como éstas eran aparentemente comunes para Él. En 2<sup>a</sup> Corintios, se refiere a la «abundancia» de ellas (NASB). No habían sido producidas por medio de técnicas especiales, ni de preparación alguna, ni por los poderes de sugestión de Pablo. La palabra significa literalmente «capturado» o «llevado». Pablo no tenía duda alguna de que Dios había actuado para concederle esta experiencia «maravillosa».

Lo que Pablo más recordaba era que él oyó «palabras inefables que no le es dado al hombre expresar» (12.4). Lo que Pablo oyó estaba por encima de la capacidad del habla humana para expresarlo. Las palabras de Pablo nos recuerdan sus anteriores referencias a las «lenguas angélicas» (1<sup>era</sup> Corintios 13.1) y a los dones espirituales de 1<sup>era</sup> Corintios 12–14. También habló de «cosas que ojo no vio, ni oído oyó» (1<sup>era</sup> Corintios 2.9). Estas cosas son reveladas por medio del Espíritu de Dios, que nos permite conocer la mente de Dios (1<sup>era</sup> Corintios 2.11–12). Algunas palabras estaban por encima del habla humana. Pablo había experimentado muchas visiones y revelaciones, pero había una que era particularmente inolvidable. El ministerio cristiano de Pablo incluía momentos de éxtasis espiritual inexpressable. Él podía hacer afirmaciones tan grandes como las de sus críticos.

Es lógico esperar que alguien que haya experimentado tan asombroso relato, lo describa en sus más ínfimos detalles. No nos sorprendería ver a un gran visionario dedicar todo un libro al análisis de la experiencia en su totalidad. ¿Cómo se sintió? ¿Cuánto duró? Sin embargo, esta fascinación con los detalles está ausente en la descripción de Pablo. No va al pasado ni hace memoria de las sensaciones corporales. («[...] si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé [...]») Lo único que sabe es que «fue arreatado» por Dios. Pablo no llevó un diario con el fin de jactarse de sus logros espirituales. Del mismo modo que no anotó en un libro sus bautismos (1<sup>era</sup> Corintios 1.16), tampoco anotó sus visiones ni sus revelaciones.

Tal vez debido a que a Pablo le incomodaba jactarse de sus logros espirituales, él elige hablar de «un hombre en Cristo» (12.2) y de «tal hombre» (12.3). Ese «tal hombre» es Pablo mismo, tal como

lo da a entender claramente 12.7. Pero Pablo sabe que estos grandes momentos no son de él. No fue por causa de algo que él hubiera hecho que él podía recordar experiencias «maravillosas». Tal como dijo en 10.17: «Mas el que se gloria, gloriése en el Señor». No fueron los poderes psíquicos de Pablo, ni su singular capacidad natural para las experiencias espirituales, los que lo llevaron a estas «visiones y revelaciones del Señor»; fue su relación con Cristo. Así, todas estas experiencias ¡no eran nada de lo cual gloriarse! Pablo describe estos momentos de su vida porque otros han sacado a relucir el tema. Él relata experiencias «que no le es dado al hombre expresar», con el fin de decir que ¡no las presenta como prueba de su discipulado!

Pablo jamás rechazó las experiencias profundamente espirituales y emocionales. Siempre insinuó que era incorrecto hacer alarde de sus experiencias delante de otros. Era incorrecto analizar y comparar tales experiencias. Esto es lo que decía: «Porque si estamos locos, es para Dios [...]» (5.13). Tales momentos se quedaban entre él y Dios, no eran para toda la comunidad. En un contexto parecido, Pablo decía que cuando los cristianos hablaban en lenguas, ellos hablaban a Dios (1<sup>era</sup> Corintios 14.2). Aunque él mismo hablaba en lenguas, era un asunto que mantenía entre él y Dios (1<sup>era</sup> Corintios 14.18). Cuando estaba en presencia de la iglesia entera, él prefería hablar cinco palabras inteligibles antes que hacer alarde de sus propias experiencias espirituales (1<sup>era</sup> Corintios 14.19).

Pablo estaba dispuesto a decir que en su vida había cabida para momentos insólitos en los que fue «arrebataado», pero no estaba dispuesto a presentar tales experiencias como «pruebas» de su apostolado. No hay duda de que sus críticos se habían jactado de tener «las señales de un verdadero apóstol» (12.12). Aunque Pablo estaba dispuesto a igualar las «señales» de ellos, no las usaría como pruebas de sus afirmaciones. Esto dice: «De tal hombre me gloriaré; pero de mí mismo en nada me gloriaré, sino en mis debilidades» (12.5). De hecho, la evidencia de experiencias «maravillosas» llevan al engaño (cf. 12.6). Las personas que hacen estas afirmaciones pueden engañarse tanto a sí mismas como a otros (11.13–15). Muchas personas pueden afirmar que tienen experiencias «maravillosas». Sería imposible aceptarlas todas como pruebas del discipulado de alguien.

Podemos suponer que uno que tuvo tal «grandeza de [...] revelaciones» debió de tener otras historias que contar. De hecho, hay quienes se deleitan en entretenernos con tales historias. Pero

Pablo se abstiene de tal jactancia (12.6) porque él prefiere ser probado por las señales que los corintios tienen delante de sus ojos (10.7; 11.6). La prueba del apostolado de Pablo no reside en las experiencias de alta intensidad emocional, sino en la trayectoria que deja tras sí. Sus debilidades, que habían sido objeto de mucha crítica, no le habían impedido cambiar vidas. Donde el evangelio es creído y la iglesia es fundada, Dios está activo. La prueba máxima de nuestro discipulado es lo que otros «pueden ver y oír» —los actos de servicio que demuestran nuestra preocupación por los demás, nuestro historial de negación de nosotros mismos por los demás, los momentos cuando otros ven nuestra entrega a la vida de la iglesia. Los que le dan importancia a las experiencias intensas se llegan a fascinar tanto con sus propias emociones que pasan por alto las necesidades de los demás.

Es probable que las afirmaciones rivales de Pablo y de sus oponentes, en las que éstos hablan de experiencias intensas, nos suenan muy distantes a la mayoría de nosotros, pues hoy día apenas habrá quienes afirmen que participan de tan maravillosas experiencias. No obstante, sí enfrentamos interrogantes parecidas. Hablamos de «experiencias intensas» y de ser «transportados». Nos preguntamos qué cabida tienen las emociones en nuestra vida cristiana. Hay algunos a los que les produce consternación todo culto que apele a las emociones. Otros someten toda experiencia religiosa a la prueba de las emociones y exigen que debe ser «maravillosa». La respuesta de Pablo a la pregunta es apropiada para nosotros. Hay cabida para la experiencia intensa, pero no se le debe considerar la prueba máxima de nuestro cristianismo. Las emociones pueden engañarnos. Pero la prueba de Pablo del servicio amoroso por un período prolongado no nos engañará.

#### **OTRA EXPERIENCIA: PODER Y DEBILIDAD (12.7–10)**

Otro de los «indicios» que comúnmente se da para la presencia del poder de Dios y para la autenticidad de nuestro discipulado, es el de las oraciones respondidas. Hay quienes insinúan que siempre podemos llamar la atención a los beneficios concretos que nuestra religión nos ha producido. En respuesta a las oraciones, nos dicen a menudo, Dios abre las puertas al éxito financiero y nos asegura la salud y la tranquilidad de espíritu. De hecho, en algunos casos, ha habido personas que han comparado resultados, con el fin de probar la veracidad de su fe.

Ningún cristiano negaría que Dios oye la

oración y la responde. Pero es posible que podamos malentender la oración y la tratemos como alguna clase de fórmula mágica para satisfacer nuestros deseos. Los críticos de Pablo, en su fascinación con la jactancia de sus experiencias intensas, es probable que se habían jactado también de los maravillosos efectos de la oración. No sabemos qué era lo que afirmaban, pero la descripción que hace Pablo de su experiencia en la oración insinúa que él está preparado una vez más para igualar las jactancias de ellos. Tal vez ellos habían descrito la oración como un tiempo en el que experimentaban el poder de Dios de un modo especial.

Pablo comienza su relato acerca de la oración, haciendo memoria de otro ejemplo de su vida, que de otro modo hubiera sido desconocido para nosotros. Su vida cristiana, nos dice él, no se componía solamente de experiencias cumbre. Para impedir que él se regocijara más de la cuenta, Dios le dio «un aguijón en [la] carne» para que no se «exaltase desmedidamente» (12.7). Dios lo había bajado de las cumbres del éxtasis a las realidades del dolor en la tierra. El mismo que había sido «arrebatao» había sido humillado por el dolor. El dolor compensaba el momento extático. Aunque las soluciones propuestas han sido muchas, no sabemos qué era el «aguijón en [la] carne» de Pablo. Las posibilidades incluyen un impedimento del habla (cf. 10.10) o una enfermedad ocular (cf. Gálatas 4.15). En la iglesia primitiva, algunos creían que el mal de Pablo era la epilepsia. Es probable que tales especulaciones sean inútiles. Lo único que sabemos es que el «aguijón en [la] carne» le producía a Pablo dolor físico y emocional. La palabra que se traduce por «abofetee» en la RV era la palabra que significaba «golpear con el puño». Se usaba comúnmente para referirse a los azotes (cf. 1<sup>era</sup> Pedro 2.20). Podía referirse a los efectos que había tenido la persecución en la salud corporal de Pablo. En este contexto, el «aguijón en [la] carne» era un ejemplo de la debilidad física de Pablo, la limitación que muchos consideraban suficiente para desacreditarlo. Habría sido muy fácil dejar que las grandes experiencias «se le subieran a la cabeza» y lo hicieran envanecerse —el error que habían cometido los «grandes apóstoles» (10.12s). En lugar de ello, una enfermedad corporal le recordaba su debilidad y dependencia de la gracia de Dios.

Es de esperar que alguien con el poder espiritual de Pablo, nos cuente acerca de su gran victoria sobre el dolor, que obtuvo por medio de la oración. De hecho, en este contexto estamos esperando que Pablo nos relate otro ejemplo de una gran victoria

espiritual. Es probable que otros presentaran sus propias versiones de momentos en los que fueron facultados por medio de la oración, para superar grandes obstáculos. Sin embargo, lo que nos asombra de 12.7–8, es que Pablo no relata tal historia. Si sus lectores estaban esperando que contara acerca de soluciones fáciles y de poder impresionante por medio de la oración, entonces fueron desilusionados. Esto es lo que dice: «[...] respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí» (12.8). La respuesta no vino en su primera oración, ni siquiera en su segunda oración. «Tres veces» insinúa la especial intensidad que caracteriza a una oración (cf. Marcos 14.32–39) cuando no hay respuestas rápidas ni mágicas.

La petición de Pablo respecto al «aguijón en [la] carne» jamás fue respondida de modo que concediera su ruego. La única respuesta que recibió fue: «Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad» (12.9). Fue obligado a continuar sus labores misioneras con una salud frágil. Es probable que pensara muchas veces que su efectividad podía haber aumentado enormemente si tan sólo su salud hubiera sido mejor. Él podría impresionar más gente con su apariencia personal y su resistencia ¡si tan sólo pudiera demostrar su gran poder! No obstante, Pablo no podía llamar la atención a oraciones que dieran «prueba» del poder de Dios.

Hay otra referencia a la frágil salud de Pablo en Gálatas 4.13, donde dice él: «Pues vosotros sabéis que a causa de una enfermedad del cuerpo os anuncié el evangelio al principio». No conocemos las circunstancias que rodearon esa predicación misionera inicial, sin embargo nos impresiona el hecho de que los Gálatas podrían no haber oído a Pablo, de no ser por la enfermedad de éste. ¡Dios pudo usarlo precisamente por su enfermedad! Esa enfermedad corporal no pudo detener a Pablo. Lo más que ésta logró fue que él cambió su calendario, lo que lo llevó a cambiar de planes. Fue durante esta experiencia de soportar el «aguijón en [la] carne» que Pablo aprendió una valiosa lección. La «prueba» de nuestro cristianismo no reside en nuestras experiencias intensas, ni en los momentos en los que la oración «dio resultado». Estas experiencias nos llevan a jactarnos de nuestros propios logros. El cristiano auténtico sabe que depende, no de sí mismo, sino de la gracia de Dios. «Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad». Dios pudo usar a Pablo, no a pesar de su debilidad, sino a causa de su debilidad.

No había señal más grande del poder de Dios que la existencia de iglesias por todo el mundo

Mediterráneo. Estas iglesias, fundadas por una figura poco impresionante, en un mundo que admiraba el poder retórico y físico, constituían la prueba de que el poder de Dios estaba presente en medio de la debilidad humana. Si el fundador de estas iglesias hubiera poseído las «pruebas» comunes de poder, muchos no habrían visto el poder de Dios manifestándose activamente en el mundo. Habrían concluido que era el poder humano el que estaba manifestándose.

Es fascinante que Pablo pusiera juntos en este contexto los dos relatos más contrastantes de su experiencia. En un ejemplo describió momentos de maravilloso poder espiritual. En el otro describió lo que se consideraba un «penoso fracaso» para un dirigente espiritual. Es este último el que constituye la «prueba» de la autenticidad de Pablo, pues él no se gloriaría en nada que no fuera su debilidad. Él dijo en 12.5 que no se iba a gloriarse de cierto «hombre», pues sólo deseaba gloriarse de su debilidad. En 12.9, repite la misma idea: «Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo».

#### **DEBILIDAD Y PODER (12.10–12)**

Debemos reconocer que la manera como Pablo enfoca la debilidad y el poder es contraria a las inclinaciones naturales del ser humano. Preferiríamos que Pablo dijera: «Cuando soy fuerte, entonces soy fuerte», ya que este es el patrón de nuestra cultura. Sabemos que los libros acerca de la asertividad del yo, siempre son los que más se venden, porque apelan a nuestra fascinación con el poder. Si dejamos que nuestras inclinaciones naturales afecten nuestra vida cristiana, veremos nuestro ministerio desde ese punto de vista. Cuando consideremos un ministerio exitoso o una iglesia exitosa, puede que busquemos en éstos las señales del poder y la influencia. Puede que promovamos un sistema en el que los ministros y los dirigentes de la iglesia se vean obligados a comparar resultados que llaman la atención al ingenio de ellos. Puede que seamos tentados a pensar que no se puede tener un ministerio auténtico a menos que contemos con los símbolos del poder: un espléndido edificio, el equipo más sofisticado, el personal más creativo y los más estupendos miembros. Por supuesto que

es lo más apropiado contar con buenas instalaciones y gente de talento. Pero nos estamos engañando a nosotros mismos si concluimos que es necesaria nuestra propia fortaleza para que el poder de Dios surta efecto.

A juzgar por los patrones que imperan en nuestro medio, Jesús y Sus discípulos eran completamente impotentes. La cruz simbolizaba la debilidad humana. No obstante la debilidad que manifestó Cristo en la cruz, era la ocasión para que se manifestara el poder de la resurrección. Esto es lo que dice Pablo: «Porque aunque fue crucificado en debilidad, vive por el poder de Dios» (13.4). De la debilidad de Él salió el poder de Dios. En un discipulado auténtico, no podemos pasar por alto que la debilidad es fortaleza. Pablo aprendió de su «aguijón en [la] carne» que el poder de Dios se perfecciona en la debilidad (12.9). Por esta razón él se gozaba «en las debilidades, en afrentas, en angustias», y concluye con las siguientes palabras: «[...] porque cuando soy débil, entonces soy fuerte» (12.10).

¿En qué consiste el distintivo de un ministerio exitoso? Un ministerio exitoso se puede ver donde el milagro de la cruz y de la resurrección se repite. Cuando nuestra debilidad da cabida para que el poder de Dios actúe, nos convertimos en una iglesia exitosa. Es impresionante que en 12.10–13, Pablo se gloríe una y otra vez de las mismas debilidades por las que había sido criticado (11.30; 12.5, 9; cf. 13.4). Sus críticos se equivocaron en cuanto a las «señales de verdadero apóstol» (12.12).

#### **CONCLUSIÓN**

Es posible que a menudo nos pase lo que a los críticos de Pablo les pasaba: que nos equivoquemos en cuanto a las señales que distinguen el verdadero cristianismo. Las experiencias intensas son muy impresionantes y emocionantes. No hay duda de que son más atractivas para los visitantes. Una iglesia verdadera sin embargo no subsiste de experiencias «maravillosas». La prueba máxima de su lealtad es su disposición a vivir donde haya dolor y frustración, y donde hagamos frente a malestares físicos y frustración, que no constituyen experiencias muy maravillosas que digamos. ◆